

¿Por qué es el pez el símbolo de los primeros cristianos?

Luis Montero Manglano

Comienzo este artículo con una pregunta a la que cualquier persona con unos conocimientos básicos de iconografía podría contestar: ¿por qué es el pez el símbolo de los primeros cristianos? Si acudimos a cualquier manual de uso básico nos encontraremos con una respuesta conocida, así por ejemplo en el fundamental “Diccionario de Iconografía y Simbología” de Federico Revilla (Ed. 2003) nos dice a propósito del pez: “Las letras correspondientes a la palabra griega ichtys correspondían a las iniciales de sendos títulos del Salvador: de ahí la abundancia de la pintura de peces en las catacumbas”. En otras palabras: la palabra ichthys formaría un acróstico griego que se correspondería con la expresión “Iesous Christos Theou Hyos Soter”: Jesucristo Hijo de Dios y Salvador. Con esta respuesta la duda queda aparentemente resuelta.

Hasta el momento en el mundo académico no se ha negado abiertamente dicha explicación, aún cuando en realidad está repleta de lagunas y no soporta un mínimo análisis: en primer lugar está claro que la palabra “Salvador” añadida al final es un puramente atrabiliaria, dado que el concepto se correspondería con una Cristología que no coincide con la manejada entre los siglos I y II de nuestra era. Los atributos de Jesús como Cristo, Hijo de Dios y Salvador no se aúnan como indisolubles hasta un tiempo después, y aún entonces serán discutidos por las primeras herejías cristianas. Por otro lado, no se puede encontrar ninguna fuente escrita que hable de la relación de este término con la imagen del pez anterior al siglo II después de Cristo.

Sorprende darse cuenta como antes del siglo II de nuestra era los propios padres de la Iglesia no podían disimular su confusión a la hora de justificar el hecho de que los primeros cristianos usasen el pez como símbolo identificador. Así por ejemplo Tertuliano (160-220) opina que este animal fue elegido porque mediante el bautismo los cristianos se convierten en pececillos que renacen a Jesús en el agua. Hace de hecho un juego de palabras recurrente entre el término “discipuli” (discípulos) y “pisciculi” (pececillos), hasta el punto que da la sensación de que el insigne teólogo busca más bien la excusa para un alarde lingüístico que un motivo serio por el cual explicar la relación del pez con el cristianismo.

La confusión no se detiene aquí. Una fuente muy solvente para temas de estudios cristianos como es la Enciclopedia Católica ni siquiera se pone de acuerdo a la hora de explicar la elección del pez por parte de los primeros cristianos: cita el manido recurso del acróstico ichtys y menciona además otras posibles razones un tanto forzadas como la identificación con el milagro de los panes y los peces o la referencia evangélica a los “pescadores de hombres” (Mt 4. 19-20, Mc 1. 17). Ambas razones son iconográficamente poco convincentes ya que para expresar el milagro de los panes y los peces los primeros cristianos contaban con un código figurativo concreto (el pez junto a una cesta de pan) y para expresar en imágenes la idea de la pesca de hombres se solía recurrir al ciclo de Jonás y la ballena.

En realidad ninguna de estas razones es mencionada por la fuente escrita cristiana más antigua que identifica a Cristo con el pez: en el año 150 Clemente de Alejandría menciona que puede tener como sello una paloma o un pez, pero no menciona por qué (“Paedagogus” III, IX). Esto es interesante: ¿podría estar Clemente pensando en el texto de Mateo en el que Cristo recomienda a los discípulos “sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas”? En ese caso la presencia de la paloma se explica sin problema pero, ¿y el pez? El pez, mientras los biólogos no digan lo contrario, no es un reptil. Ahora bien, si el Mateo griego puede estar mal traduciendo el término arameo nun (nh), el cual puede traducirse tanto en griego como en hebreo como “serpiente” o... “pez”. Después de todo, ¿es teológicamente coherente que, después de haber identificado Dios Padre a Lucifer con la serpiente que se arrastra y es aplastada por la mujer en el Antiguo Testamento, más tarde Dios Hijo recomendando a sus discípulos imitar el ejemplo de dicho animal? ¿Acaso no es mucho más prudente el pez que se esconde del pescador entre las aguas que la serpiente que amenaza entre las rocas?

La hipótesis aquí expuesta podría considerarse como definitiva de no ser porque, desgraciadamente, aún carecemos de evidencias concluyentes que nos reafirmen en la cada vez más firme sospecha de que debió existir un evangelio de Mateo escrito en arameo que hoy se encuentra perdido, y que el Mateo Griego que se maneja hoy en día es una traducción de dicho original. Así que, de momento, dejaremos esta solución aparcada.

Más conjeturas: dice Revilla que los primeros cristianos se servían del pez para rehuir la representación de Cristo crucificado, que les causaba gran rechazo. Esta idea podría sostenerse en caso de que los primeros cristianos hubiesen evitado cualquier tipo de representación de Cristo en la cruz, sin embargo gracias a las evidencias iconográficas de las catacumbas sabemos que la imagen del crucificado se presentaba mediante el dibujo de un pez sobre un ancla y que, de hecho, el ancla era símbolo recurrente de la propia cruz. De modo que los primeros cristianos no usaban el pez para evitar representar el calvario, si no justo al revés: se servían de él para poder decorar con él sus tumbas, aunque de forma hiperbólica. En todo caso podríamos seguir preguntándonos: ¿por qué un ancla? ¿Por qué un pez? Y no estaríamos más cerca de la respuesta al enigma planteado al comienzo de este artículo.

El pez como símbolo velado de Cristo no es una explicación satisfactoria (también mencionada por Revilla). En primer lugar debemos señalar que los primeros cristianos no practicaron un arte secreto, si no, valga el juego de palabras, “discreto”; es decir: no era su intención ocultar completamente a ojos ajenos su simbología propia (en cualquier caso no habrían podido hacerlo, pues los paganos podían ser ciegos en ocasiones, pero no tontos, y sabían que el pez era un símbolo cristiano del mismo modo que sabían que el toro representaba a Mitra o el trono a Isis); más bien lo que buscaban era no alardear de ella. En caso de que las persecuciones se recrudesiesen, los primeros cristianos optaban por representar a Cristo como un kuros, un filósofo o cualquier otra tipología de origen clásico que pudiera ser tomada como un tema meramente pagano. El pez, en resumen, no ocultaba la presencia de un cristiano si no que más bien la delataba.

Así pues nos encontramos con que ninguna de las explicaciones que podríamos denominar “ortodoxas” resisten un mínimo análisis crítico, realizado casi a vuelapluma. La pregunta entonces sigue abierta: ¿por qué escogieron los primeros cristianos el pez como símbolo de identidad?

Sería pertinente detenernos en la propia significación simbólica e iconográfica del pez como animal: el pez es una criatura acuática, lo cual hace alusión al nacimiento y la regeneración. Es también un símbolo masculino que suele asociarse con la luna. En la semiótica oriental, el pez y la luna son imagen del yin y del yan o del principio básico del ente activo (masculino) y el ente pasivo (femenino); en esencia: el principio creador. No sería difícil asociar cualquiera de los conceptos mencionados a la figura de Cristo Dios Creador.

Ahora bien, aceptar esto sería lo mismo que admitir que en la elección del pez como símbolo los primeros cristianos tuvieron en cuenta elementos que trascendían la propia semiótica del cristianismo. Esta idea podría parecernos extraña (puede que incluso irreverente) si olvidamos que los primeros cristianos poseían una mentalidad aún fuertemente judaizante. Para el judío, la aceptación de símbolos ajenos y complejos no resultaba en absoluto novedosa: el Antiguo Testamento está repleto de mestizajes babilónicos, asirios, egipcios y (aunque en mucha menor medida) helenísticos.

Si aceptamos esto podemos dar un paso más e incluso dar cierto pábulo a la teoría del doctor Richard Hennig, expresada en términos astronómicos. Según Hennig, las constelaciones más importantes para los pueblos de la Antigüedad eran aquellas que se correspondían con el comienzo de la primavera y el verano. En el cuarto milenio antes de Cristo dichas constelaciones fueron Tauro y Leo. Resulta curioso pensar como las primeras divinidades que surgieron en los pueblos primitivos solían ser representadas o bien en forma de Toro (Egipto, Mesopotamia, los pueblos heládicos) o bien en forma de León (la región del Indostán, Asia Menor). Una de las primeras imágenes sacras que ha sido realizada por la mano del hombre es el bos primigenius, adorado ya en tiempos prehistóricos.

Seguimos a Hennig, que continúa diciendo que dos mil cien años antes de Cristo la constelación Tauro fue reemplazada por Aries en el comienzo de la primavera, y esto motivó que muchas de las atribuciones divinas del toro fuesen conferidas al cordero. Así, por ejemplo, en Egipto comienza el culto al carnero de Amón (en detrimento del previamente popular Apis, un toro), entre los pueblos védicos se intensifica el culto a Indra, cuyo símbolo es el carnero y, más importante para nuestro tema, en el ámbito judío comienza a celebrarse la festividad de la Pascua, cuyo punto culminante es el sacrificio de un cordero. A tal efecto es pertinente señalar también (aunque Hennig no lo haga) como los judíos del Antiguo Testamento dejan de sacrificar bueyes a Dios (por ejemplo, Elías y el sacrificio milagroso en el monte Carmelo), para empezar a sacrificar carneros.

Dice Hennig que en el momento del nacimiento de Cristo ya no es Aries la constelación que se encuentra en la casa solar al comienzo de la primavera si no Piscis. A continuación Hennig reflexiona: dado que los primeros cristianos debían escoger un símbolo para su identificación, ¿por qué no la constelación de piscis, que se disponía a relevar a otra que llevaba dos mil años en el punto vigente, al igual que el cristianismo aspiraba a relevar las viejas tradiciones paganas y judías?

La tesis es sugestiva, pero no deja de ser problemática, especialmente en su último punto: ¿eran los primeros cristianos conscientes de estar protagonizando un fenómeno rupturista ya no con respecto a las religiones paganas –lo que habría tenido sentido- si no respecto al propio judaísmo? Es muy improbable, teniendo en cuenta las propias palabras de Cristo al respecto (“no penséis que he venido para abrogar la ley de los profetas, si no para cumplir”). En cualquier caso, hemos de alabar a Hennig la inquietud por tratar de ir un paso más allá en la resolución del enigma para muchos ignorado.

¿Por qué los primeros cristianos tomaron el pez como su símbolo? Las respuestas siguen siendo incompletas, y, aunque tengamos que conformarnos con ellas hasta que el enigma quede resuelto, eso no implica que el iconógrafo deba darse por vencido a la hora de seguir buscando una explicación que, finalmente, arroja luz sobre una de las lagunas más incómodas del estudio de la iconografía cristiana.

Bibliografía:

- COOGAN, Michael D. “Religiones del mundo”. Ed. Blume. Barcelona. 2008.
- GARCÍA, José Miguel. “Los orígenes históricos del Cristianismo”. Ed. Encuentro. Madrid. 2007.
- HENNIG, Richard. “¿Dónde está el Paraíso Terrenal?”. Ed. Plaza y Janés. Barcelona. 1976.
- HETTINGER, Franz. “Enciclopedia Católica”. Ed. Sucesores de Rivadeneyra. 1925.
- NACAR-COLUNGA. “Sagrada Biblia”. Ed. B.A.C. Madrid. 1981.
- REVILLA, Federico. “Diccionario de Iconografía y Simbología”. Ed. Catedral. Barcelona. 2003.

Notas _____

1 Mateo 10.16

2 De hecho una forma de diferenciar la escuela bíblica que ha recopilado esto o aquel texto veterotestamentario es fijarse en el tipo de sacrificio que exige Yhave: si es un buey o un toro es probable que se trate de una escuela bíblica primitiva como la Yahvista, en cambio si es un carnero lo más seguro es que se trata de una escuela más tardía, como la Sacerdotal.

3 Mateo 5.17. cf. En Mt. 7.12